

Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



Capítulo VIII



~Una condición inusual se cernía sobre los terrenos de la Abadía, revelándose a través de Las sombras proyectadas parecían demasiado altas, anchas o retorcidas para los objetos que las emitían. Los objetos mismos parecían mucho más lejos de lo que realmente estaban, y las llamas de las antorchas de los soldados parecían parpadear demasiado despacio o incluso hacia atrás. Otros movimientos parecían igualmente extraños, y la nueva situación se manifestaba también a través de revelaciones menores, como los gritos de los hombres, que eran como llamadas amortiguadas bajo el agua, y un zumbido persistente en los oídos de los hombres mientras repetían sus conversaciones. Los caballos asustados pateaban la tierra como si las bestias inquietas sintieran un temblor. Luego estaba el olor peculiar, no tan penetrante como el de la rosa silvestre, sino más bien nocivo, con el matiz de los hongos embriagadores. Una profunda bocanada del nuevo aire podía fácilmente confundir los sentidos como un mareo, y el aroma era tan perceptible como el olor de una tormenta inminente, por muy ajeno que fuera a cualquier recuerdo persistente. En verdad, una situación antinatural se cernía sobre la Abadía, tan espantosa como la piedra de entrada recién inaugurada que la provocó.

Una letanía de gritos llegó desde el otro extremo del patio, y un soldado solitario corrió hacia el dormitorio, pasando por debajo de sus ventanas. Una lámpara de aceite se elevó desde una ventana superior.

Se abalanzó sobre la ventana del piso superior y lo derribó al suelo. Un segundo guardia lo encontró de inmediato. Lo levantó y lo alejó del edificio. Los culpables, dos jóvenes escuderos, se asomaron por una ventana del piso superior, señalando su repentina huida.

En masa, filas de soldados avanzaron bajo antorchas, rodeando la entrada del dormitorio para impedir la huida de la congregación de sacerdotes. Un fraile mayor de barba blanca se abrió paso entre los prisioneros vestidos con túnicas y, agitando el puño, le predicó al altísimo sargento de armas: «Si eres siervo del Señor, detén tus armas y déjanos pasar».

El sargento gritó una respuesta: «¡Vuelve a tu habitación, fraile!»

El monje se mantuvo firme, continuando su diatriba: «¡Consideren la obra de Dios y sus siervos antes que las órdenes de su capitán! Solo nosotros podemos enderezar lo que ustedes han torcido. ¡Tengan cuidado al pisar estos terrenos sagrados y apártense para que podamos corregir su error!».

El sargento gritó por encima de las protestas de los sacerdotes: «¡Regresen a sus habitaciones! ¡ De lo contrario, habrá derramamiento de sangre!». Sin embargo, el altercado entre soldados y sacerdotes continuó, mientras los frailes salían en tropel por la puerta, apiñándose aún más en las filas ya formadas. —¡Apresen a ese sacerdote! —gritó un soldado, señalando hacia la esquina del dormitorio una silueta con túnica y capucha. La figura giró y huyó. Dos guardias lo persiguieron, adentrándose entre los arbustos. Las hojas se agitaban y las ramas se rompían con los gruñidos y gemidos de una feroz lucha.

Fray Nicolás se abrió paso a través de las vestiduras y gruñó a la cara de un guardia: « No nos consideres incapaces a nosotros, los frailes». Agarró el chaleco del guardia y lo jaló hacia sí.

“¡Abandonadnos a nosotros y a nuestra abadía!”

El soldado impassible frunció el ceño. "Pareces bastante seguro de ti mismo, un soldado desarmado... ¿Sacerdote contra un ejército?"

Nicolás lo miró fijamente, predicando: "Si un ejército acampa contra nosotros, nuestros corazones no temerán; y si la guerra se levanta contra nosotros, en esto estaremos seguros".

—¿Confiado? ¿O insensato? —le preguntó el guardia—. Puede que tus palabras te parezcan correctas, pero harías bien en escuchar un buen consejo. El soldado se inclinó hacia Nicolás y el fraile hizo una mueca. —No me fuerces la mano, sacerdote. Nicolás volvió a hacer una mueca y bajó la mirada hacia la punta del cuchillo que el hombre le presionaba contra el estómago. —¡Vuelve adentro y podrás rezar otro día!

—Pronto tendrás que suplicar esas oraciones, soldado —le advirtió Nicolás, retirándose tras una pared de túnicas.

“¡Armas listas!”, bramó el sargento mayor. Blandiendo espadas y cuchillos largos brilló a la luz de la antorcha. “¡Cierren filas!” Como uno solo, los soldados convergieron en el dormitorio. La entrada, obligando a los frailes a retroceder al interior del edificio. Barricaron las puertas, tras lo cual el sargento formó una fila de guardias frente a ellos. Luego, dispuso a los hombres restantes alrededor del perímetro del edificio para formar una muralla de centinelas con antorchas que custodiaran sus numerosas ventanas.

Al otro lado de los terrenos de la abadía y frente al edificio que albergaba la entrada a las catacumbas, casi veinte soldados se apiñaban en el patio entre antorchas. Habiendo perdido hacía tiempo toda esperanza de encontrar a Lázaro en los túneles de la cripta, abandonaron la búsqueda y se reunieron para inspeccionar las zonas superiores de la catedral. Apariciones resplandecientes pululaban por los campanarios, sumergiéndose entre las numerosas filas de estatuas grotescas. La mayoría de los jóvenes eran reclutas recientes de la compañía del capitán Bourne, perteneciente a la Guardia Real de Su Majestad. Un soldado mayor, de cabello plateado, se encontraba entre ellos, y a diferencia de los demás, la atención del oficial al mando estaba puesta en otra parte. Mientras un joven guardia sostenía una antorcha, el anciano examinaba una pila arrugada de páginas quebradizas. Finalmente, se volvió hacia el guardia y le preguntó: “¿Y estos pergaminos estaban dentro de la cama del Niño Diablo?”.

—Sí, los encontramos escondidos entre la paja —respondió el guardia—. No sabía que leías.

—Puedo —afirmó el viejo oficial—. En cierta medida.

“¿Entonces qué dice?”

El oficial recolocó los papeles, alejándolos de su rostro, mientras entrecerraba los ojos bajo la luz de la linterna. «La primera página parece ser una carta escrita por un clérigo encarcelado que hacía de traductor». Bajó la mirada al pie del pergamino. «Según su firma, se hacía llamar Naramsin».

—¿Y qué dicen las otras páginas? —preguntó el joven.

El oficial negó con la cabeza. «No puedo leer la letra. Todas las demás páginas contienen una escritura extraña; nada que haya podido leer desde entonces». Hojeó las páginas restantes. «Y los símbolos parecen todos iguales, aunque diferentes. Quizás ni siquiera sean palabras».

El joven guardia se inclinó hacia el oído del anciano y le susurró: «Sé por qué no puedes leer las palabras. ¡Es la lengua del mismísimo diablo, te lo aseguro!».

El oficial se apartó y entrecerró los ojos. Luego, pasó rápidamente las páginas, reprendiéndolo:

«Ni siquiera sabes leer, ¿y ahora dices conocer las señales del diablo?».

El soldado más joven se defendió, señalando el techo de la catedral. “¿Cómo podría...?”

¿Acaso explicas la aparición de esos espíritus voladores si no es por el Niño Diablo y sus hechizos secretos de lenguaje demoníaco?

Un guardia cercano defendió su afirmación ante el oficial. “¡Tiene razón! ¡Solo pueden ser espíritus del mismísimo infierno!”

Completamente frustrado, el oficial se giró y le preguntó: "¿Alguna vez has visto un espíritu, hijo?".

—No —admitió el hombre.

El agente agarró el brazo del hombre . "¿Alguna vez has estado en el infierno, hijo?"

El hombre respondió: “Yo... No. Sin embargo, todo el mundo lo sabe...”

—¿Cómo puedes, entonces, decirme que vemos espíritus del infierno? —El viejo soldado soltó el brazo y se puso las manos en las caderas antes de alzar la vista—. Por mi parte, jamás he visto espíritus, demonios ni fuego del infierno; sin embargo, no me he dedicado a sembrar el miedo y la mentira entre estos hombres. A decir verdad, ninguno de nosotros sabe lo que vemos aquí.

Las puertas se abrieron de golpe y los soldados se giraron para ver a dos guardias ahogándose y tambaleándose. Se acercaron a ellos. Los guardias cayeron de rodillas, jadeando. Los soldados los rodearon, recuperando sus antorchas encendidas del suelo donde las habían dejado caer. Tosiendo casi todo el tiempo, uno de los guardias les informó de un incendio voraz en las profundidades de las catacumbas. Recuperó el aliento y levantó la vista, añadiendo: «Ya no podemos ver nada, por el humo». Bajo la luz de las antorchas, los soldados vieron lágrimas negras y vetas blancas que corrían por las mejillas cubiertas de hollín.

De nuevo, el joven se dirigió al oficial mientras señalaba hacia la puerta. "¿Y cómo explicas los túneles de piedra que estallan en llamas, si no es por la hechicería del demonio?"

¿del Chico Diablo?

Los soldados pasaron corriendo junto al oficial, buscando el fuego, y cuando el joven se giró para seguirlos, lo agarró del brazo, casi tirándolo al suelo. Le quitó la antorcha y le dijo: «No me quedaré en la oscuridad mientras persigues las llamas, muchacho».

“¿No deseas buscar el fuego?”

El oficial, impasible, soltó una risita. «Quizás podrías darles un momento para que regresen, ciegos y ahogándose. Y si alguno logra contener la respiración el tiempo suficiente para encontrar el fuego, no habrá pensado en lo que podría hacer entonces, ni siquiera en orinar sobre las llamas antes de huir del humo». Negó con la cabeza antes de señalar la puerta. “Pero únete a ellos, si de otro modo te resulta doloroso.”

El joven salió corriendo por la puerta. El oficial se volvió hacia los dos hombres que aún permanecían allí.

ahogándose en el suelo. "¿Bueno, no quieres seguir al resto?"

Uno de ellos se puso de pie con dificultad y respondió: "Nos quedamos aquí".

«Se aprende rápido cuando el dolor es tu guía», comentó el soldado con humor antes de respirar hondo. «Entonces, acompáñeme. Busco agua y muchos cubos». Los tres hombres se dirigieron al refectorio en busca del pozo de la abadía.

El sargento de armas salió del dormitorio y marchó rígidamente hacia los baños. Al acercarse a la entrada del edificio y reunirse con varios soldados, gritó: "¿Han obtenido una confesión?". El sargento se interpuso entre ellos y las antorchas se abrieron para revelar a un soldado bajo y sucio, manco, al que le faltaba la extremidad derecha. A sus pies, un Thateus, sollozando, estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de los baños. El hombre se giró, limpiándose la sangre y el pelo de los dedos en la pernera del pantalón, respondió al sargento con voz ronca: «Todavía no han revelado el paradero del Chico Diablo. Sin embargo, están a punto de derrumbarse, señor».

El sargento notó una capucha facial rota y embarrada en el suelo cerca de sus botas. Luego inspeccionó el área y divisó a un guardia de pie apartado del resto de los hombres, con el rostro demacrado y una expresión preocupada. A sus pies, otro joven clérigo deforme yacía herido y casi desnudo. Si no fuera por la constante niebla del aliento de Miguel, el muchacho podría haber sido pequeño cadáver. —Tu linterna —ordenó el sargento, tomando una antorcha del soldado más cercano. Se puso en cuclillas ante Thateus, inspeccionando su aspecto grotesco antes de ofrecer: —Dinos dónde se esconde el escudero Lázaro y podrás regresar al dormitorio. Thateus solo lloraba. Su cabeza se balanceaba como si le resultara demasiado pesada para mantenerse erguida. —Muy bien —dijo el soldado, poniéndose de pie y girándose, antes de informar al hombre manco — : No te dejes impresionar por su aspecto. Es solo un niño, y los niños pueden ser quebrantados. Los soldados suspiraron y se removieron en sus asientos, reflexionando sobre el incómodo momento y el doloroso y lento transcurso del tiempo. Le preguntó al soldado al que le faltaba un brazo: "¿El capitán sigue en la iglesia?" .

—No lo he visto —respondió el hombre. El sargento se abrió paso entre los guardias mientras escupía: —¡Busquen un equilibrio! Espero confesiones, no muchachos muertos. Y no pongan una mano sobre... el monje.”

Mirando a su alrededor, el soldado manco preguntó: "¿Qué monje, señor?"

—Ya viene —respondió el sargento, deteniéndose junto al inconsciente y expuesto Miguel. Ordenó al guardia que lo cubriera, y el hombre se quitó bruscamente el chaleco, envolviendo al niño. Con un gesto de aprobación, el sargento desapareció en la oscuridad de el patio.

En la esquina norte de la Abadía, soldados armados montaban guardia en la entrada lateral de la catedral como una hilera de estatuas. ¡TINK! Una pequeña piedra rebotó en el casco de uno de ellos.

Los guardias y él miraron fijamente en la oscuridad. ¡CLANK! Una roca más grande golpeó el casco de otro soldado, ladeándolo. Se abalanzó hacia adelante, agarró la empuñadura de su espada, y escudriñó las sombras en busca del culpable.

—Un lanzador de piedras —susurró el primer guardia.

—Y lo haré entrar en su sitio —gruñó el segundo centinela, soltando su arma y volviendo a las filas.

¡Crash! Una enorme sección de la cornisa superior de la catedral se desprendió y los escombros explotaron. La avalancha lanzó a los hombres por los aires. Cuando amainó, yacían en el suelo, magullados, aturdidos y mirando fijamente al techo con expresión atónita.

Un furioso capitán Bourne irrumpió por las puertas de la catedral. Pasó una antorcha por encima de la entrada desprotegida y descubrió a sus soldados cubiertos de polvo tendidos en los terrenos cercanos. Gimoteando, frotándose la cabeza y mirando hacia arriba. Los hombres se pusieron de pie de un salto y corrieron de vuelta a sus puestos de guardia cubiertos de escombros, justo cuando dos frailes desaliñados salían de la iglesia y tropezaban con piedras sueltas. Bourne se apartó de la puerta y pasó entre las piedras caídas; la más grande podría haber aplastado fácilmente a un hombre. Clodius y Greville lo siguieron. El capitán alzó la vista y descubrió que faltaba un amplio tramo del alero del tejado. Finalmente, regresó a la fila de soldados y agarró del brazo al guardia más alto, interrogándolo: "¿No te ordené que aseguraras estas puertas?".

—Perdóname, capitán —respondió el soldado—. La iglesia casi nos mata en este preciso instante.

Bourne lo sacudió. "¡Malditas sean las piedras de la iglesia! ¿Dejaste pasar al Cardenal?"

—En efecto, señor. Usted indicó que nadie debía entrar por estas puertas. El cardenal salió, según dijo, siguiendo sus órdenes, para buscar a otro fraile que le prestara ayuda.

El capitán apretó los dientes y le gruñó fijamente a la cara. —Yo no di tal orden.

Clodio salió corriendo. «Capitán, ¿vieron sus hombres al Cardenal llevando pajes consigo?»

Bourne lo soltó. —Responde al fraile.

"Sí, muchos documentos."

Greville se secó las lágrimas, recobrando finalmente la compostura. Se frotó la nuca, reflexionando sobre las extrañas acciones del cardenal Blasi. «¿Y luego fue al dormitorio a buscar a un fraile?

Capitán, estábamos a su disposición y capacitados para ayudarlo».

—¿Se fue al dormitorio? —preguntó Bourne.

—No, señor. Caminó hacia la puerta norte de la abadía —admitió el soldado, señalando en esa dirección—. Parecía herido, necesitaba ayuda, según dijo.

Bourne apartó al soldado de la formación y lo estrelló contra la pared de la entrada. «¡Maldito cabrón! ¡El sargento de armas tiene a los frailes encerrados en el dormitorio! El único edificio fuera de la muralla de la abadía...» El capitán se corrigió y se volvió hacia Clodius, entrecerrando los ojos. Bajo la luz de la antorcha, el fraile vio cómo la sangre se le escapaba del rostro. Bourne soltó al soldado y negó con la cabeza ante una posibilidad que se le presentaba. «Él no lo haría... desde luego, no un cardenal».

Se dirigió hacia la puerta y gritó al interior de la catedral: “¡Todos los hombres, reúnanse en los terrenos bajo el mando del sargento de armas!”. Mientras un centenar de soldados mojados y sucios salían de la iglesia, Bourne sacó a tres de ellos. a un lado. «Vosotros me acompañaréis. Preparad vuestras armas». Se volvió hacia Clodio y le clavó un dedo en el pecho. «Si no recupero a este cardenal...» Bourne corrió entonces hacia la puerta norte de la abadía, con tres soldados pisándole los talones. Se detuvo brevemente en la puerta, interrogó a los guardias que allí estaban, agitó su antorcha y empujó a un conserje al suelo antes de salir corriendo de la abadía. Finalmente, aminoró el paso y recuperó el aliento al acercarse a los establos.

En los establos, los inquietos caballos resoplaban y pateaban, mordisqueando sus frenos y tirando de las riendas. «El capitán se acerca», exclamó uno de los soldados encargados de vigilar los caballos y los edificios. Los hombres se apresuraron por los establos, ocupando sus puestos, y el soldado de mayor edad se puso firme junto a la entrada del granero.

—¡Arresten al Cardenal! —gritó Bourne, acercándose al soldado.

—¿Capitán? —le preguntó el soldado.

¿No está aquí?

“No, señor.”

Bourne se detuvo y lanzó una mirada perpleja hacia la abadía.

—Ya está en marcha, capitán —añadió el soldado.

Bourne se giró bruscamente. «¡Desde luego, no le permitiste marcharse así como así!». Corrió hacia los establos y, con su linterna, inspeccionó el interior.

El soldado lo siguió. —Cabalga hasta el pueblo de Murat para buscar al fraile, tal como le ordenaste.

“¡Yo no di tal orden, imbécil!” Bourne golpeó un poste del granero y miró fijamente un vacío espacio entre las filas de caballos atados. “¿Dónde está el mío?”

El soldado vaciló antes de responder. —Su Eminencia... eh... el Cardenal afirmó que usted deseaba... Dijo que usted le ordenó que tomara el suyo... era el corcel más fiable.

Bourne empujó al soldado hacia atrás. —¡Claro que podría decir eso! —examinó los rostros de los demás guardias de los establos—. Y con razón lo supondría , ¡ siendo el corcel de tu capitán ! — Sacudió la cabeza, casi riendo con incredulidad—. ¿Le diste mi propio corcel?

—Es un cardenal de la Santa Sede, capitán —respondió el guardia—. ¿No estábamos aquí para ayudar a Su Eminencia?

Bourne respiró hondo. «En verdad, qué olvidadizo soy», dijo asintiendo antes de volverse hacia los demás. «Preparen cuatro corceles: los más rápidos y descansados». Seleccionó a cuatro hombres. «Perseguidlos. Capturad al Cardenal y sus documentos. Listos».

“Ustedes mismos para montar”. Los hombres se reunieron contra la pared del granero, aliviando sus necesidades mientras su capitán daba más instrucciones entre gorgoteos. “Solo hay una opción. un camino que sale de esta Abadía. Quiero que los dos más pequeños se muevan como el viento y no ralenticen hasta llegar a Murat. Después, retrocederán y guiarán a sus corceles bajo la sombra, mientras buscan sigilosamente por los bordes de los caminos y los matorrales a un Cardenal herido escondido”. Les dio una palmada en la espalda a los dos soldados más grandes. “Tomarán el corcel más lento y cabalgarán con paso firme. Dirígete hacia el pueblo, y no te adelantes a los dos hombres que van delante de ti; ya sabes lo que espero. Quiero que me devuelvan al Cardenal y todos sus papeles, y que no le pase nada, ni siquiera en un dedo.

—Sí, capitán —respondieron, recomponiéndose y preparando sus monturas.

Bourne se quitó el casco, se echó el pelo hacia atrás y echó un vistazo al espacio vacío donde su corcel personal había estado atado por última vez. Se volvió hacia el guardia mayor, con fuego en los ojos. “¿Y de entre todos los caballos de estos establos, el Cardenal quería haceros creer que solo iba a coger uno —el mío— para traer a un supuesto sacerdote de Murat?”

—Perdóname, capitán —respondió el soldado, apartando la mirada de aquella mirada fulminante. “Si lo hubiéramos sabido...”

“¡Crash!” Bourne giró sobre sí mismo y golpeó con su casco la cabeza del soldado, derribándolo al suelo antes de arrojarle el casco sobre el pecho del hombre inconsciente. “¡Ni yo y un cardenal! ¡Ni yo y un santo!”, rugió Bourne. “¡Ni yo y Dios! ¡Tus órdenes vienen de mí, solo de mí!”

Un soldado a caballo espoleó a su corcel para que avanzara. —¿Podemos partir ya, capitán?

“¡Dense prisa!” , gritó Bourne, haciéndoles señas para que avanzaran. Los cuatro hombres a caballo salieron disparados de los establos, el estruendo de los cascos de sus corceles desvaneciéndose en la noche. En el persistente

En silencio, un Bourne aparentemente impenetrable se apoyó en un poste del establo y miró al cielo para descubrir una luna redonda; y visiblemente atrapado en ella, no pudo evitar discernir un parecido perfecto con el rostro desollado del fraile Grate .

Bourne salió de los establos con sus tres soldados. Tan pronto como entró por la puerta de la abadía y ordenó a los hombres que se unieran a las filas existentes junto a la catedral, una multitud de soldados y sacerdotes convergieron sobre él: Clodius, Greville, el alto sargento de armas y el mayor, oficial de cabello plateado. Bourne interrogó al soldado alto. “Entiendo que los sacerdotes ¿El dormitorio es seguro?

—Sí, capitán. Y el fraile gordo está bajo mi custodia, en los baños públicos.

Bourne asintió, dándole una palmada en el brazo. Se volvió hacia el viejo oficial. “¿Y qué hay de la búsqueda del Chico Diablo?”

“Hemos revisado todos los túneles, criptas y pasadizos estrechos; no hay rastro de él. Es más, ahora arde un fuego en los túneles. He reunido cubos junto al pozo de la abadía”, dijo el hombre, señalando hacia el refectorio. “¿Quieres que apague las llamas?”

El capitán estudió el suelo antes de responder. “No, que arda”. Miró fijamente al oficial.

“Quiero que las catacumbas estén selladas y vigiladas. Si se esconde en los túneles, entonces yo “Lo sacaremos a la luz”. Bourne chasqueó los dedos, señalando la puerta sur de la abadía.

“Toma a los hombres que te quedan y cubre el cementerio. Remueve cada piedra. Quita cada árbol.”

Si aún así no logras capturarlo, deberás colocar varios centinelas en las sombras para vigilar discretamente los terrenos en busca de cualquier señal suya. Bourne respiró hondo y asintió, diciendo en voz alta, aunque solo fuera para reafirmarse: «Pronto se verá obligado a buscar un lugar donde esconderse».

Clodio se colocó junto al soldado y se aclaró la garganta. El oficial respondió, resbalando Naramsin sacó de debajo de su túnica un rollo de páginas quebradizas. —Aquí está, capitán —dijo , entregándole el rollo a Bourne—. Antes del incendio, encontramos estos papeles escondidos en la cama del niño. Señaló con el dedo a Clodius y a Greville—. Estos frailes los consideran importantes, quizás incluso útiles.

Bourne miró fijamente a Clodius. Le entregó la antorcha a Greville y desplegó los pergaminos mientras ordenaba al oficial que comenzara a registrar el cementerio. «Estaré en los baños. Trae al Niño Diablo, si lo capturas».

—Sí, capitán —respondió el viejo soldado, despidiéndose con una reverencia apresurada.

Bourne ordenó al sargento de armas: «Toma a los hombres de la catedral. Llévalos al dormitorio y refuerza tus filas».

—Sí —dijo el sargento alto, asintiendo y despidiéndose.

Bajo la luz de la antorcha de Greville , Bourne examinó la carta de Naramsin mientras el sargento reunía a un centenar de soldados y los hacía marchar a través del patio. Finalmente, Clodio habló. —Si le place, capitán, deseamos hablar con usted brevemente. Bourne solo asintió con la cabeza y continuó leyendo.

Greville negó con la cabeza y añadió: «Nunca me di cuenta en todos estos años, y al menos debería haberlo sospechado, de que Lázaro es realmente un ser grotesco superviviente... ¡Madre de Dios!». Iván lo ocultó bajo un velo, dentro de las catacumbas, ya que la luz del sol seguramente lo habría destruido. Ahora todo tiene sentido, considerando todo. Las señales sutiles estaban por todas partes; tal vez elegimos ignorarlas colectivamente. Se apartó y alzó la vista, hacia las hileras de estatuas en el tejado de la catedral.

Bourne agarró la mano de Greville y alumbraba brevemente con la linterna las páginas mientras leía la última parte de la carta de Naramsin. Luego, rápidamente volvió a pasar las páginas y entrecerró los ojos. Clodio. «Durante mi estancia en vuestra abadía, os habéis convertido en mi única y principal distracción». Bourne golpeó repetidamente el rollo de pergamino que tenía en la mano, mientras consideraba la posibilidad de escuchar una sola palabra más de los fastidiosos frailes a los que había llegado a detestar.

Clodio se puso rígido. —Se lo ruego, capitán. Esos pergaminos son muy antiguos y delicados. ¿Quizás me encarguen de su custodia? Clodius extendió la mano para coger el rollo de páginas , pero Bourne se lo arrebató con el ceño fruncido. Se lo guardó en el chaleco y, con un tono más suave, propuso un acuerdo: «Pueden acompañarme a los baños y compartir lo que sepan de los papeles. Sin embargo, a cambio de que me escuchen, espero su total ayuda en los baños. Pretendo sonsacarle una confesión al fraile gordo sobre el paradero del Niño Diablo». Clodio miró brevemente a Greville y asintió. —Y le ayudaremos, capitán. —El fraile gordo —dijo Bourne—, ¿cómo se llama él?

—Delon —ofreció Greville—. Delon Odino. Él también es fraile mayor y conoce bien la Piedra de la Puerta.

Clodio añadió: «Y el Grotesco, el Niño Diablo que buscáis , responde al nombre de Lázaro, Capitán.

—Odino —comentó Bourne, crujándose los nudillos mientras se dirigía hacia los baños públicos. “Ahora, háblame de estos documentos.”

Greville iluminó el camino mientras Clodio informaba a Bourne de lo que sostenía. “Esos papeles fueron escritos por un Grotesco hace casi trescientos años. Por lo que entendí de los primeros página, este Grotesco tradujo las marcas de la Piedra de la Puerta en su totalidad. Ahora escucha

Capitán , yo —cientos de frailes mayores— hemos reunido innumerables encuadernaciones en un intento por descifrar las inscripciones. Como también somos frailes mayores, incluso nuestras propias encuadernaciones se encuentran en el scriptorium, entre una colección de obras no revelada. En toda la historia de esta abadía, ningún fraile ha logrado traducir las inscripciones, o al menos eso hemos podido averiguar. Ahora sabemos que un solo grotesco parece haber tenido éxito donde cientos de nosotros hemos fracasado. Es más, Lázaro es un grotesco. Sabe leer y escribir en varios idiomas, como he podido comprobar. Y sus hombres encontraron los papeles en su poder. Dicho esto , estoy seguro de que las inscripciones en la piedra de la puerta están escritas en un idioma que solo un grotesco puede descifrar.

Bourne se detuvo y se giró. "¿Sabes por qué soy capitán de la Guardia Real de Su Majestad?" Con astuta indiferencia, Bourne respondió a su propia pregunta. "Veo las cosas por lo que son, o por lo que podrían ser, y nunca por lo que no son". Clodius retrocedió y miró fijamente la cicatriz en la mejilla del capitán mientras continuaba. "Dices que el Niño Diablo es un Grotesco y que solo un Grotesco puede descifrar las marcas. Sin embargo, el Cardenal no tenía ni las orejas de un gato ni los dientes de un perro, y demostró ser perfectamente capaz de dominar aquella piedra con sus propios papeles. Y puesto que recuerdo que sus palabras eran en latín, estoy seguro de que o me están haciendo perder el tiempo con cuentos fantásticos de figuras grotescas, o este Cardenal ha traducido las inscripciones cuando todos ustedes, sacerdotes, han fracasado. Ahora bien, ¿cuál de las dos es?"

Greville negó con la cabeza. «Vi las páginas del Cardenal. Eran tan antiguas como las que usted tiene en su poder, Capitán. ¿Por qué habría de escribir sus palabras en hojas tan delicadas y frágiles?». Greville se volvió hacia Clodius. «Creo que no. Como Cardenal del Consejo Superior, tiene acceso ilimitado al Archivo de Apócrifos». Clodius asintió. «¿Podría ser que las traducciones que posee también fueran escritas por este clérigo naramsin?».

Bourne sacó las páginas enrolladas de su chaleco y las desenrolló mientras preguntaba: «Entonces, con estas páginas, ¿tienen los medios para cerrar la piedra, incluso sin el Cardenal y sus páginas?».

Clodio respondió: «Sí y no, capitán. Con esas páginas, tal vez tenga los medios para cerrar la Piedra de la Puerta; sin embargo, si mis sospechas son correctas, necesitaré la compañía de Lázaro —el escudero grotesco— para que me sirva de traductor». Bourne hojeó las páginas, viendo solo marcas parecidas a jeroglíficos. Su semblante se ensombreció. «Precisamente, capitán», dijo Clodio, alzando la barbilla con dignidad y dedicándole a Bourne una sonrisa cortante. «Las páginas solo contienen marcas, no traducciones. Debe entregarnos al grotesco antes de que podamos continuar. Y está por verse si eso sucederá».

Bourne se mordió el labio, volvió a pasar las páginas apresuradamente y las metió debajo de su chaleco. Adelante, agarró dos puñados de la túnica de Clodio y tiró del fraile hacia sí. Greville retrocedió, con la mirada sorprendida fija en el verde ardiente de los ojos del Capitán mientras reprendía a Clodio y su engaño. «Pareces ansioso por presentarme como una especie de público tonto, pendiente de cada palabra de tu relato que se va desvelando lentamente». Apretó el agarre y atrajo al petrificado fraile aún más hacia su barba, hasta que Clodio sintió las gotas de saliva y el aliento caliente de cada una de sus palabras. «¿O tal vez me ves como un personaje patético en una historia que prolongas a sabiendas, incluso cuando mi paciencia se agota? ¿Cuál es la verdad?». Lo sacudió.

—¡De ninguna manera! —exclamó Clodio, suplicándole—. Perdóname, capitán. ¡Solo deseo ayudarte!

Satisfecho con la sumisión del fraile, Bourne lo liberó. «Y así será». Clodio se ajustó las vestiduras mientras Bourne repasaba abiertamente su plan de acción con Greville. “Ya que tengo las marcas de la piedra, interrogaré al fraile gordo, buscaré y capturaré al Niño Diablo, y haré que traduzca las palabras necesarias para cerrar la piedra.” Bourne se volvió hacia Clodio y, señalándolo con el dedo, le dijo: «De ahora en adelante, solo me dirás lo que debo saber, ni una palabra más ni una menos, para que no olvide que eres un hombre de fe. ¿Entiendes lo que quiero decir?».

Clodio asintió, y los dos frailes intercambiaron unas breves miradas antes de apresurarse tras Bourne, que ahora se dirigía furioso hacia los baños. El capitán dobló la esquina frontal de los baños al oír la voz atronadora de Odino, que clamaba desde el interior del edificio. “¡No saben nada, digo! Dejen que los muchachos se vayan. Entren aquí y háganme lo mismo a mí y ¡Te voy a arrancar el único brazo que te queda!

—Basta —ladró Bourne. El soldado manco soltó a Thateus y se lanzó hacia adelante, poniéndose firme cuando el joven escudero se deslizó por la pared. Varios guardias aparecieron repentinamente desde más allá del rincón más alejado de los baños y se presentaron como listos hombres. El capitán miró a Thateus y Miguel antes de interrogar al soldado. “¿Qué ¿Qué acciones son estas, y por órdenes de quién ?

“Obtenemos confesiones, señor, para averiguar el paradero del niño demonio.”

Bourne tomó la antorcha de Greville y se la metió en la mano al soldado. De repente, la voz de Odino resonó en la oscuridad del interior del edificio. “No hay nada que hacer ¡Extracción! Desátame y te arrancaré el otro brazo. ¡Es todo lo que puedes hacer con esa pierna de pájaro, golpeando a un joven escudero! El soldado manco solo puso los ojos en blanco, ignorando las palabras de burla de Odino mientras le informaba al capitán que sus órdenes provenían del sargento de armas. Bourne lanzó una mirada evidente entre los dos.

Los jóvenes escuderos, golpeados, respondieron: «Por su aspecto, sabes tan poco como al principio. Sin embargo, si deseas matarlos con el pretexto de obtener una confesión, adelante». Señaló a Thateus y luego a los guardias. «Quizás todos los hombres que tienes delante quieran presenciar tus métodos despiadados».

—Yo... eh... no me parece que estén dispuestos a confesar, capitán —admitió el soldado. Bourne se inclinó hacia su rostro y gruñó: "¿Entonces tal vez no saben dónde está? ¿Qué opinas?"

—Sí, capitán —respondió el soldado, adoptando una postura más firme.

“¡Entonces, que estos chicos regresen al dormitorio!”

El soldado giró con la antorcha, inclinándose brevemente sobre Thateus antes de volver a ponerse de pie. Se dio cuenta de que no tenía una mano libre para ayudar al muchacho a ponerse de pie. Greville se burló y Clodius lo fulminó con la mirada. Bourne ordenó a los soldados que llevaran a los muchachos golpeados al dormitorio. Colocó al resto de ellos fuera de la entrada de los baños y luego le susurró al hombre manco: «Tú eres mi guía. Aprenderás el método adecuado para obtener una confesión». Acompañó al guardia al interior del edificio.

Las sombras se disiparon y la linterna, al iluminar la escena, reveló a un Odino con el rostro enrojecido y sucio, con las muñecas atadas a una columna de madera en el centro del suelo de las termas. Bourne se acercó al monje y lo observó. La manga izquierda de la túnica de Odino estaba rasgada y solo llevaba puesta la sandalia derecha, con el otro pie descalzo. «Por favor, perdona a mis hombres si lo trataron con dureza. En medio de sus apremiantes obligaciones, a veces descuidan las normas básicas de cortesía». Le dio una palmada en el hombro a Odino. «En cuanto lo lleve de vuelta al dormitorio y le ponga ropa limpia, haré que los responsables de su maltrato reciban un castigo severo».

Odino gruñó: "¿Quizás podrías corregirlos como hiciste con Fray Iván?"

Bourne apretó la mandíbula y ambos se miraron fijamente a la luz de la antorcha. Rodeó al monje atado, inspeccionándolo con atención. Odino vio a Clodio y Greville salir de entre las sombras. —¿Qué hacen aquí, malditos monjes? ¿Acaso no...? ¿Tienes catacumbas que supervisar? Clodio miró a Odín con desdén, con la mirada altiva de un patricio.

Bourne se plantó frente a Odino. “Mis deberes o problemas no dependen de ti. No deseo que nadie “Esto no hará más daño a los sacerdotes de esta abadía”. Señaló a Clodio y a Greville. “¿Ves? Vuestros hermanos de la iglesia son libres de deambular por la Abadía.” Greville se cruzó de brazos e hizo un gesto encogiéndose de hombros. Odino miró fijamente al Capitán, sabiendo que tenía

Sus soldados encarcelaron a los sacerdotes y escuderos en el dormitorio. Bourne continuó: « Cortaré tus ataduras ahora mismo. Sin embargo, para ello necesito un pequeño favor de tu parte. Busco a un joven escudero que responda al nombre de Lázaro. Dime dónde se encuentra y te dejaré marchar». Bourne se inclinó y le susurró al monje atado: «Te doy mi palabra como capitán de la Guardia de Su Majestad».

Odino se burló de él con un susurro: «¡Ve a preguntarle a su padre dónde está!». Escupió en la barba de Bourne. El capitán echó el puño hacia atrás, pero bajó el brazo con la misma brusquedad. Se limpió la mejilla e hizo un gesto, llamando a Clodio y Greville. Los dos frailes se acercaron, y al notar las páginas enrolladas en el chaleco de Bourne, la mirada codiciosa de Clodio se fijó en ellas mientras el capitán hablaba. «Les concederé un tiempo a solas con los frailes para que prevalezca la gentileza de la razón sacerdotal». Bourne arrebató la antorcha al guardia y se la dio a Greville, añadiendo en voz lo suficientemente alta como para que Odino lo oyera: «Mientras todavía tenga dientes en la cabeza». Salió de la casa de baños, dejando a los tres frailes para sí mismos.

Clodio se dirigió a Odín con una sonrisa persuasiva. «Hemos tenido nuestras diferencias, y por mi parte, te pido que me perdones».

—¿Perdonar? —preguntó Odino, incrédulo—. ¡Fue por tu propia mano que Iván está muerto y que yo estoy atado a este puesto! ¿Y qué hay del miserable destino que me has deparado? ¿Lázaro, ahora abandonado y destinado a perecer? Como hermano en la fe, ¿no sientes compasión ni vergüenza, ni piedad ni misericordia, especialmente por el pobre Lázaro?

Clodio miró a Greville antes de defenderse. —Fue el capitán quien ordenó su arresto.

—Estoy muy al tanto de sus intenciones —exclamó Odino—. Han estado manipulando al Cardenal contra Iván y contra mí en un esfuerzo por salvaguardar sus puestos como supervisores del Cardenal. ¡Catacumbas! —exclamó Clodio, sorprendido. Odino miró por encima del hombro, observando la letrina que Iván había usado para simular su huida—. Clodio, te lo ruego. Como siervos de Cristo y hermanos de esta abadía, desátame ; permíteme liberarme. Sabes que, a cambio, yo te ofrecería lo mismo.

Greville señaló hacia la entrada. «El capitán está justo afuera, ¡y no deseo estar atado junto a usted!»

Clodio asintió y añadió: "No hay una vía de escape fácil".

—Hay una manera, Clodio. Puedes ayudarme sin que parezca que has participado . Te lo aseguro...

—¡Basta! —exclamó Clodio—. El capitán te liberará cuando confieses el paradero de Lázaro . Hablo en nombre de todos los frailes de esta abadía cuando te pido que pongas fin a esto.

tontería."

¿Acaso esperas que lo abandone?

¡Nos abandonas a todos, incluyéndote a ti mismo! El capitán mató a Iván por desafiarlo. No repitas su error. ¡Ahora dime dónde se esconde Lázaro!

Odino bajó la mirada, visiblemente derrotado. Observó el suelo y sonrió débilmente.

“Tal vez tengas razón. Si me das tu palabra, como hombre de Dios, de que no tienes intención de hacerle daño al muchacho, entonces te llevaré con él.”

Greville dio un paso al frente, pero Clodio lo agarró de la manga. —¿Nos tomas por tontos, Odino? El capitán está muy ansioso por liberarte, una vez que Lázaro esté bajo su custodia.

Odino miró fijamente la entrada de los baños antes de susurrar: «No puedo abandonar a Lázaro; el capitán lo matará tan rápido como a Iván. Sin embargo, prométeme que lo sacarás de la abadía y te diré dónde se esconde. ¡ El destino de Lázaro está en tus manos!». Los dos frailes intercambiaron miradas. Clodio asintió. —Muy bien, entonces. Te doy mi palabra. que Lázaro abandone los terrenos de la abadía. Ahora, dime dónde está.

Odino asintió, susurrando al fraile sin escrúpulos: “Eres un buen hombre, Clodio. Yo soy en tu deuda. Lázaro se esconde en el... Miró hacia la puerta y murmuró deliberadamente el resto de sus palabras.

—Otra vez, si me lo permites —comentó Clodio, acercándose un poco más—. ¿Dónde está?

Odino apoyó la espalda contra el poste y susurró de nuevo: «Lázaro se esconde...». Luego, le clavó el talón en el pecho a Clodio. El sacerdote salió disparado hacia atrás, rodó por el suelo y se agarró el pecho. Greville corrió a auxiliar a su mentor, que jadeaba.

—¡Yo no soy Judas Iscariote! —gruñó Odino—. He protegido a Lázaro. Jamás lo abandonaré, ni a él ni a su padre, por nadie, ¡y mucho menos por soldados y sus sacerdotes títeres!

—¡Capitán! —gritó Greville—. ¡Capitán!

Bourne y sus hombres irrumpieron por la puerta, rodeando a los dos frailes. El capitán miró a Odino, quien solo se encogió de hombros. «Vaya con la gentileza sacerdotal», refunfuñó Bourne. «Otro fraile con fuego en el alma, veo». Ordenó a Greville que ayudara a Clodius a salir de los baños. Luego ordenó a dos de sus hombres que sujetaran las piernas de Odino. Odino les dio patadas, y el capitán llamó a más soldados. Solo cuando el fraile estuvo atado, dio un paso al frente. «Te daré una última oportunidad para redimirte. ¿Dónde has escondido al Niño Diablo?».

—¿Qué es un Niño Diablo? —preguntó Odino—. Nunca he visto nada igual...

Bourne golpeó con el puño el pecho de Odino . Le respondió al sacerdote que tosía: "¿Otra vez, dónde está el Chico Diablo?"

“No he visto a ningún Niño Diablo en todos mis días...”

La mandíbula de Odino se quebró bajo el impacto de otro puño. Salieron volando sangre y saliva.

Bourne gritó: "¿Otra vez, el Chico Diablo?"

—Te perdono, capitán —comentó Odino con voz arrastrada—. Que el Señor te muestre...

Odino se dobló de dolor por la fuerza de otro golpe.

—¿El chico diablo? —exigió Bourne.

Odino levantó la cabeza, forzó una sonrisa y le guiñó un ojo con torpeza. A Bourne le hirvió la sangre .

A partir de entonces, Odino sufrió la ira descontrolada de un capitán que había experimentado más horrores inexplicables, errores imperdonables y absoluta insensatez en su breve estancia en la abadía que en todos sus días como soldado. Sin embargo, una vez que el dolor abrasador cesó, después de que la sangre se acumulara donde no debía, Odino ya no se inquietó tanto. Después de que sus ojos se hincharon hasta cerrarse y ya no pudo predecir el siguiente golpe, dejó de atormentarlo la anticipación. Después de que el zumbido en sus oídos silenciara la voz aullante del capitán, llegó la paz. Y después de que sus costillas crujieran al recordar los agradables momentos de su pasado en las catacumbas con Iván, Lázaro, Miguel y Thateus, no necesitó dientes para sonreír. Después de todo, la vida había sido buena con él.

—¡Despierta! —gritó Bourne, arrojando un cubo de agua sobre el monje atado y arrodillado. Odino jadeó y se echó hacia atrás sobre sus talones.

Greville corrió a su lado y lo agarró del brazo. —Odino, por la gracia de Dios, díselo al capitán.

Odino apoyó su peso contra el fraile mientras gemía. «Yo... yo... busco la absolución y la extremaunción. No... mucho tiempo. Traigan... al fraile Nicolás. Pido ... confesarme... solo con... él».

—¡No más sacerdotes! ¡Confíesate conmigo ! —exclamó Bourne, arrojando el cubo y estrellándolo contra la pared—. ¡Solo habla conmigo !

Clodio, aún sujetándose el pecho, se acercó a Bourne. —Capitán, si me lo permite. Estamos obligados a administrarle la extremaunción si se nos solicita. Es nuestro deber cumplirlo, una norma divinamente ordenada por Su Santidad y estrictamente aplicada por las órdenes de la Santa Sede. No podemos negarle la última confesión con un sacerdote de su elección. —Clodio susurró—: Le ruego que le conceda esta petición, y en su confesión descubriremos, gracias al fraile Nicolás, dónde se esconde el Lázaro Grotesco. Como sus superiores, tenemos considerable conocimiento.

medios de persuasión.”

Bourne solo miró fijamente a Clodius mientras los guardias se apartaban de la entrada de los baños y un soldado jadeante se abría paso entre ellos. El hombre se acercó a Bourne, recuperó el aliento y habló: «Si me lo permite, capitán. Su presencia inmediata es necesaria en la iglesia».

—¿Con qué propósito? —preguntó Bourne, frunciendo el ceño.

El soldado recorrió con la mirada los rostros curiosos a su alrededor antes de inclinarse hacia el oído de Bourne y hablar en voz baja: "Es vital, capitán".

Bourne resopló, se giró y golpeó a Clodius en el pecho. El fraile bajó la mirada hacia sus nudillos ensangrentados mientras el capitán se dirigía a él. "Permita que el sacerdote reciba los ritos. A mi regreso, espero saber el paradero del diablo. Que así sea". Clodius asintió, y Bourne se volvió hacia el guardia más cercano y señaló a Greville. "Asegúrese de que lo escolten al dormitorio. Debe buscar a un fraile para la Extremaunción ; solo a Fray Nicolás". Tomó una antorcha y siguió al soldado fuera del edificio. Inmediatamente, Clodius atrajo a Greville hacia sí y susurró: "A su regreso, reúna con Nicolás de Lázaro la información necesaria para la Extremaunción" . dónde se encuentra. Déjale claro que me aseguraré personalmente de que sus últimos días en la Abadía de Gardiens transcurran con la máxima penitencia y un silencio absoluto, con una reverencia implacable al Señor, por supuesto. Ahora debo seguir al Capitán — ¡vámonos !— y darme prisa, antes de que Odino fallezca y se lleve para siempre el conocimiento del paradero del Grotesco. Greville asintió y partió con el soldado mientras Clodio se escabullía entre las sombras, siguiendo a Bourne desde lejos.

El capitán dobló la esquina de la catedral y el soldado señaló hacia el muro perimetral del monasterio, donde una fila de hombres estaba sentada en el suelo junto a sus botas, cuidando sus pies descalzos bajo un círculo de luz de antorchas.

—Sucedió hace apenas unos instantes, capitán. —El soldado acompañó a Bourne hasta la entrada lateral de la iglesia antes de señalar la puerta—. ¿Lo ve? Ahí. Por ahí sale la niebla ardiente .

Bourne se acercó a la entrada e inspeccionó una niebla negra que se filtraba constantemente desde su umbral. y ocultando el suelo. Se puso en cuclillas y pasó los dedos por la bruma turbulenta, retirando bruscamente las yemas ampolladas.

El soldado comentó: "En efecto, capitán. Y huele a muerte".

Bourne se olió los dedos mientras se alejaba de la niebla. Observó la catedral. "Soldado, quiero que te apresures al dormitorio e informes al sargento de armas que Convoco a una tercera parte de sus hombres más descansados para que se reúnan en el pozo de la abadía.

Hay cubos junto a él. Los hombres sacarán agua, recogerán tierra y mezclarán cubos de barro. Quiero que cada uno

Sellen las grietas y hendiduras. Entierren la iglesia entera si es necesario.

—Sí, capitán. —El soldado asintió y salió corriendo.

Bajo su linterna, Bourne examinó las yemas de sus dedos doloridos y consideró la tortura que Fray Grate debió haber sufrido. El sonido de pasos atrajo su atención hacia un guardia que se acercaba apresuradamente. El hombre se detuvo, recuperó el aliento y se dirigió a él. «¡Es urgente, capitán!».

“¿Y ahora qué?”

El soldado señaló el tejado de la catedral. «¡Las estatuas se mueven!». Bourne alzó la vista brevemente antes de entrecerrar los ojos. «Si me lo permite, se pueden ver a contraluz».

—Muéstrame —respondió Bourne. Mientras el guardia escoltaba a Bourne por el lado opuesto de la catedral, le advirtió el capitán, “Y más les vale que se muevan, no sea que yo te mueva a ti”.

—Se mueven —le aseguró el soldado.

Con cada suceso extraño que Bourne había vivido desde su llegada a la Abadía, otro descubrimiento espantoso no era más que un cliché más en una lista cada vez peor de acontecimientos surrealistas. «Estaba convencido, se podría decir».

Fray Clodio miró a su alrededor en el rincón oscuro del refectorio, con la mirada fija en Bourne. y la guardia mientras rodeaban la catedral. El capitán se unió a varios soldados que se habían reunido abiertamente para inspeccionar las partes altas de la iglesia. Los hombres señalaron hacia arriba, y Bourne se alineó con la luna. Clodius se deslizó entre los arbustos para obtener una mejor vista de aquello que acaparaba su atención.

Con un libro, un crucifijo y una cantimplora en brazos, Fray Nicolás salió corriendo del dormitorio. Una tira de tela ricamente decorada le cubría el cuello como una bufanda, con los extremos ondulados ondeando al viento. Mientras el joven fraile se abría paso entre una fila de centinelas desprevenidos que portaban antorchas, Greville y su escolta de soldados se apresuraban tras Nicolás, gritándole que le permitieran el paso. Nicolás llegó a los baños y se abrió paso a empujones entre los soldados, gritándoles: «¡Es un sacerdote, un hombre de Dios! ¿Cómo pudieron permitir que su capitán...?»

Nicolás entró y se quedó paralizado. A la luz parpadeante de la antorcha de un soldado, no reconoció el montón de ropas y sangre que yacía desplomado contra la base del poste de los baños. Observó a los guardias arrodillados que sostenían la cabeza de un fraile, presionando un paño húmedo contra un par de ojos rojos e hinchados. Nicolás se apresuró a salir. Colocó sus pertenencias junto al fraile herido antes de examinarlo. «No», exclamó, con los ojos llenos de lágrimas. «Ha habido un error. Este no es él». Se giró y miró fijamente.

en el suelo, riendo y llorando en su dolor. “Esto no es...”

Nicolás saltó sobre el guardia más cercano y se golpeó la cabeza contra las losas. Los soldados restantes se abalanzaron sobre él y lo apartaron.

—¡Nicolás! ¡No! ¡No hay tiempo! —La voz gutural de Odino calmó de inmediato la furia del joven fraile, quien cayó desplomado y sollozó. Luego recogió sus pertenencias antes de reprender a los soldados—. ¡La extremaunción exige privacidad! —Los soldados miraron a Greville, quien les dedicó un solemne asentimiento antes de retirarse a la entrada de los baños. Los hombres siguieron a Greville y salieron del edificio.

Odino le susurró a Nicolás: «Acércate, muchacho. Hay algo que debes saber». El joven fraile acercó su oído a los labios del monje afligido. Mientras Odino hablaba, los ojos de Nicolás se abrieron de par en par. Se apartó, miró fijamente a Odino y preguntó: «¿Lázaro es uno de ellos?».

—Cállate —susurró Odino, mirando brevemente a Greville con los ojos casi hinchados y cerrados con fuerza antes de continuar—. Necesito que me encomiendes una tarea. Nicholas escuchó atentamente, asintiendo de vez en cuando. Odino tuvo un ataque de tos y apoyó la cabeza en el poste. — Ahora, dame tu palabra de que la cumplirás, Nicholas.

El joven fraile se secó las lágrimas del rostro. «¡Pero morirás! ¿Qué pides...?» —¡Ya estoy muerto! —interrumpió Odino—. ¡Ahora, júrame tu promesa! Nicholas respiró hondo y suspiró. «Hágase tu voluntad, como tú quieras».

Con dedos temblorosos, el sacerdote se ajustó el paño ornamentado que le cubría el cuello. Lo besó antes de alzar un frasco de aceite bendito que tenía a su lado. Luego descorchó la botella y se detuvo a mirar a Odino. Entre toses, el monje se esforzó por ofrecerle a Nicolás una sonrisa reconfortante, aunque solo podía distinguir a su amado joven aprendiz como una silueta borrosa a la luz de la antorcha. Sin embargo, Nicolás comprendió el dolor velado y la determinación que se escondían tras el gesto de su mentor. Inclino el frasco y, con el pulgar, trazó suavemente la señal de la cruz sobre la frente, los labios y el corazón de Odino. Luego abrió un libro de las Escrituras.

Odino oró: «Perdóname, Señor, por mis pasadas transgresiones contra Ti». Mientras continuaba con su confesión, Nicolás se inclinó sobre él, murmurando pasajes en latín de la Extremaunción.

Finalmente, Nicolás abrió los ojos y se dirigió a Odino: «En el nombre de Cristo, quedas absuelto, Delon Odino des Gardiens».

Odino tosió y dijo con un jadeo: "Vamos a seguir adelante, Nicholas".

El joven fraile echó un vistazo a sus espaldas y vio a un curioso Greville, inclinado hacia el umbral con su antorcha. Nicolás vertió sigilosamente el aceite del frasco. Levantó la cruz de metal, se mordió el labio y contuvo la respiración mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Luego se ocultó tras Odino y le agarró con firmeza la mano que tenía abierta. Nicolás deslizó el filo de la cruz contra la carne de los dedos del monje y, con un tirón brusco, le abrió una profunda herida. De repente, un chorro de sangre corrió por los dedos de Odino y Nicolás dirigió el flujo tibio hacia el frasco.

Greville se apresuró a acercarse y los iluminó con su linterna. “¡No debes desatarlo, Nicholas!”
“Yo no lo desato.”

Greville se fijó en el frasco. «La sangría no forma parte de los últimos ritos. ¡Debes matarlo!»
“¡Ocúpate de tus propios asuntos, Greville! Es parte de su última petición.”

—Entonces, es definitivo, si solo anhela la muerte. Greville se encogió de hombros, aturdido por todo lo que había presenciado ese día, mientras se retiraba a la entrada de los baños.

Con el frasco casi lleno, Nicolás lo tapó apresuradamente, se quitó el paño ornamentado del cuello y le ató los dedos a Odino con fuerza. Rodeó a Odino y le susurró: «Ya está hecho, fraile».

—En efecto, así será —respondió Odino, con los ojos hinchados. Con una sonrisa persistente, giró la cabeza como si admirara un paisaje agradable.

—¿Odino? —Nicolás puso la mano sobre el hombro del monje y lo sacudió suavemente.

Odino asintió y respondió delirantemente: «Es un pájaro enjaulado, Iván. Le espera otro mundo».

—¿Odino? —Nicholas lo sacudió de nuevo.

El monje continuó: “¡Oh, en efecto! Lázaro no sabrá qué pensar. Le enseñaré a montar un corcel”. Se echó a reír a carcajadas. Nicolás se recostó y lloró. Una expresión de preocupación apareció en el rostro de Odino. “¿Qué haremos con los corceles? Soldados vigilar los establos.”

El joven fraile, entre lágrimas, besó a Odino en las mejillas. «Vete con Dios, amigo mío».

—Jamás ha visto un corcel —comentó Odino sonriendo—. ¡Volará como el viento!

Nicolás se aferró al frasco tibio y se puso de pie, dejando las Escrituras encuadernadas junto a Odino, que también estaba atado. El joven aprendiz se quedó de pie, llorando, tan ajeno a su entorno como lo había estado su mentor moribundo. No lloraba porque los pensamientos de Odino estuvieran absortos en Lázaro en lugar de en él. Tampoco le angustiaba la idea de que Odino ya no lo reconociera. Lloraba porque la parte más pura de su ser moría junto a Odino.

El estridente sonido de un cuerno de guerra resonó en los terrenos de la abadía. Nicholas se secó la cara y se giró para ver a Greville salir por la puerta mientras los guardias abandonaban sus puestos y corrían hacia el llamado a las armas. Un soldado a caballo casi lo atropelló, y Greville tropezó y regresó al interior del edificio.

Nicolás se dirigió a Odino, inclinándose profundamente: "Hágase tu voluntad, amigo mío". Se giró y se apresuró hacia la puerta cuando Greville le bloqueó el paso. — ¿Adónde va con ese frasco, fraile? No puedo permitirle salir de los baños. Si fuera tan amable de esperar...

"¡Crack!" Sin decir palabra, golpeó con el puño la mandíbula de Greville, enviándolo a él y a su antorcha contra la pared. El joven fraile gritó mientras salía furioso del edificio. "¡Odino ha terminado! ¡Iván ha terminado! ¡Y ahora yo también he terminado!" Nicolás corrió hacia el dormitorio con todo lo que le importaba: el termo caliente, los últimos recuerdos de su santo mentor y un par de botas pesadas y bien cosidas, ocultas bajo los pliegues de la túnica de un monje, que sin duda podrían ayudar a sellar una solemne promesa que había hecho en honor a la última petición de Odino.

El patio bullía de actividad mientras las siluetas de soldados que corrían entraban a raudales por la puerta sur de la abadía, abandonando su búsqueda en el cementerio. Una línea de fuego marcaba el terreno mientras una procesión de centinelas con antorchas avanzaba desde el dormitorio hacia la catedral. Los hombres gritaban, las armaduras resonaban y los cascos de los caballos tronaban al son implacable de un cuerno de guerra: una imponente formación de coordinación marcial dominaba ahora el monasterio.

Greville despertó, se removió y se dio una palmada en la manga humeante. A su lado, en la esquina En la casa de baños, una columna de llamas arremolinadas envolvió un montón de túnicas que Iván había usado en su huida. Salió tambaleándose del edificio, ahogándose. Clodio lo agarró.

—¡Hay un incendio! —exclamó Greville, frotándose la mandíbula—. Nicholas ha escapado. Clodio tiró de su brazo. "¡No importa! ¡Ven conmigo!" Los dos frailes abandonaron el resplandor anaranjado de la entrada de las termas y se adentraron sigilosamente en la oscuridad, moviéndose con sigilo por el lado sombrío del refectorio antes de esconderse tras la sombra de sus arbustos de enebro. Apartaron los arbustos y observaron cómo los soldados se formaban en filas ininterrumpidas que rodeaban todo el perímetro de la catedral. Caballos transportaban carros de municiones a través de la puerta norte de la abadía, mientras gritos de severas órdenes resonaban en los terrenos custodiados.

“¿Por qué se reúnen?”

Clodius ignoró la pregunta de Greville, le dio una palmada en el hombro y señaló hacia la base del muro de la Abadía. “El Capitán ha colocado una piedra sobre los pergaminos, justo ahí, más allá de la soldados. ¿Podrían verlo?”

Greville esforzó la vista. “Pero no hay dónde escondernos. ¡Nos atraparán!”

“No lo harás, siempre y cuando te des prisa indebidamente.”

Greville se giró sobre sí mismo. “¿Yo?”, preguntó, incrédulo.

“Mantente pegado a la base del muro y la oscuridad te cubrirá. Los soldados solo vigilan la catedral.”

Greville jadeó. “¡Eres tú quien busca adquirirlos!”

Clodio agarró con fuerza la túnica de Greville. «¡Tenemos poco tiempo! ¿Ves? ¡Ahí!». Señaló el tejado de la catedral. Greville alzó la vista y descubrió un centenar de estatuas de piedra retorciéndose como un nido de serpientes adormecidas. Las estatuas se agrupaban cerca de los bordes de las cornisas aterrazadas.

“¡Dios mío! ¡Se mueven!”, exclamó Greville, haciendo la señal de la cruz sobre sí mismo.

—¡En efecto! —Clodius lo sacudió—. Debemos huir de este lugar, y con esos pajes. ¡Ve a buscarlos mientras podamos! ¡Muévete!

Greville se apartó bruscamente del entrometido fraile. “¿Acaso has olvidado el destino de Iván a manos del capitán? ¡No me matarán por un rollo de papeles!”

—Muy bien —espetó Clodio, alzando la barbilla. Dio media vuelta y comenzó a bajar por la parte trasera del refectorio, refunfuñando. “¡Cuando les consiga un comprador, no esperen ningún tipo de compensación ni compasión!”

Greville le gritó: «¡Y cuando el capitán te apuñale con su espada, no esperes compasión ni la extremaunción!». Clodius lo despidió con un gesto petulante y desapareció en la oscuridad. Greville se giró y apartó los arbustos para ver una montura acorazada con una antorcha que galopaba desde el extremo más alejado de la catedral. El capitán Bourne ralentizó el corcel y alzó su antorcha sobre las cabezas de los soldados que recogían municiones de un carro que pasaba lentamente.

“¡Picas y lanzas, escúchenme ahora!”, exclamó Bourne a las filas de hombres que rodeaban la iglesia. “Manténganse agachados, bien por debajo de las puntas. Apoyen sus armas contra el suelo y preparen sus espadas con la mano menos hábil. Los que lleven cuchillos largos, desenvaínenlos y clavenlos junto a su pie delantero. A mi señal, blandirá sus espadas, gritarán y atraerán a los demonios del techo sobre sus armas. ¡Sargentos de la Guardia, cumplan mi orden!”. Los oficiales a caballo llamaron por encima de los cascos de la formación que rodeaba la iglesia, repitiendo las órdenes de Bourne. Piqueros y lanceros se lanzaron al ataque.

Avanzaron blandiendo sus espadas y formaron una primera línea de defensa.

“¡Ballestas, escúchenme ahora! A mi señal, dispararán sus armas a voluntad. Permaneced de rodillas y no guardéis vuestras flechas. Recogedlas en el suelo junto a vosotros. Disparad todas vuestras flechas y defended a los hombres que tenéis delante. ¡Sargentos de la Guardia, cumplid mi orden! Mientras los jinetes con armadura daban instrucciones a la formación, una oleada de ballesteros se abalanzó sobre los piqueros, cubriendo a estos últimos con sus armas.

Bourne contempló el techo de la catedral antes de dirigir su corcel junto a la creciente multitud. «¡Arqueros, escúchenme! Colóquense uniformemente. Manténganse erguidos detrás de los ballesteros y cubran las filas delanteras. Aquellos que usen la boca para disparar rápidamente, no podrán morder más de dos flechas. ¡Disparen todas sus flechas contra los demonios antes de llamar a sus proveedores!». Una muralla de arqueros avanzó, y Bourne giró su corcel, gritando: «¡Proveedores, escúchenme! Sean rápidos y firmes desde sus carros. Manténganse agachados y coloquen los suministros a los pies de sus soldados, indicándoles con una palmada que no supere la altura de su bota. ¡Sargentos de la Guardia, cumplan mi orden!».

Y cuando el capitán transmitió las instrucciones a sus soldados de infantería, Greville divisó la tenue silueta de Clodio que se lanzaba hacia adelante y se quedaba inmóvil, moviéndose tímidamente a lo largo de la base del muro de la abadía. Avanzaba al compás de la dirección cambiante de la atención de Bourne.

Bourne alzó la mano y preparó a sus hombres. «¡Ballestas, disparen la primera ronda contra los demonios! Apunten uniformemente entre ellos. ¡Picas y lanzas, a mi señal!». Bourne recorrió con la mirada las cornisas superiores de la iglesia antes de agitar el brazo. «¡Disparen!». Mientras una salva de virotos cubría la catedral y una lluvia de chispas estallaba sobre los grotescos de piedra, Clodio cargó hacia adelante, volteó la piedra, agarró los pergaminos y se precipitó hacia el refectorio. Los piqueros chocaban sus espadas contra sus lanzas, burlándose, mientras los ballesteros recargaban apresuradamente.

Las estatuas se arrastraban hasta el borde del tejado, observando al ejército que las había convocado. Ninguna bestia de piedra era igual a otra. Bajo la luna llena, sus rasgos grotescos eran claramente visibles. Algunas tenían cabezas de pájaro, otras de perro y serpiente. Sus cuerpos eran una mezcla de diversas bestias —mitad león, mitad humano y mitad cerdo— y tenían garras, colmillos, pezuñas y colas. Cada una parecía una horrible amalgama de varias criaturas, pero a pesar de su singularidad, compartían una característica común: en sus espaldas colgaba un par de alas membranosas y extendidas.

«¡Suelta!» Otra oleada de pernos salió disparada, y otra lluvia de chispas envolvió a las figuras grotescas de piedra, desatando una furia de alas chirriantes, dientes rechinantes y garras afiladas. Chillidos y rugidos resonaron en los terrenos de la abadía mientras se volvían unas contra otras, luchando por espacio en las cornisas aterrazadas. Se precipitaron, despejando el techo de la catedral y cayendo sobre los soldados como una bandada de cuervos de granito sobre un campo iluminado por la luna.

“¡Lanzas! ¡Flechas! ¡Hombres de armas!” gritó Bourne. Sin embargo, las filas se rompieron, las armas cayeron y los soldados se dispersaron. El caos se avecinaba.

Clodio rodeó el refectorio con las páginas enrolladas, pasando junto a Greville mientras gritaba: «¡Date prisa! ¡No mires atrás!». Los dos frailes cruzaron el patio a toda velocidad, huyendo de los gritos y alaridos de un ataque terrible. Clodio saltó a los arbustos detrás de las termas y agarró a Greville. «¡La puerta sur está desprotegida! ¡Rodearemos la muralla exterior de la abadía, nos dirigiremos a los establos y conseguiremos un corcel!» . Clodio salió disparado de entre los arbustos y trepó por el lado sombrío de las termas.

Greville corrió tras él, tropezando con un montón de túnicas y rodando hacia la luz de la luna. Solo entonces descubrió el cuerpo de Iván, con la mirada perdida. Greville se puso de pie de un salto, llamando a Clodio. Clodio se detuvo y lo miró, y Greville vio el blanco de sus ojos y una expresión de terror en su rostro. Greville se quedó paralizado. —No te des la vuelta —espetó Clodio, retrocediendo hacia la puerta de la abadía—. Te encontraré en... los establos.”

Greville miró por encima del hombro para discernir una gran figura grotesca de piedra que lo acechaba sigilosamente. Era parecida a un grifo, con el cuerpo alado de un león y la cabeza y las garras gigantes de un ave rapaz.

Greville se desplomó contra la pared de los baños sollozando. «Ayúdame, Clodio». Con cada paso tembloroso que daba hacia la entrada de los baños, la bestia de granito también avanzaba. «¡Por el amor de Dios, llámala lejos!» . En cambio, Clodio huyó. Greville gritó, corriendo alrededor de la esquina del edificio y agachándose en el humo que salía de allí. de la entrada de los baños. Un montón resplandeciente de batas iluminaba su interior tenue. Greville se ocultó tras un poste central, agazapado en las sombras tras la ancha espalda de un Odino ensangrentado y siempre sonriente, que no miraba más que una grieta en el suelo. Odino estaba demasiado muerto para salvar la túnica llorosa de la abominación que ahora entraba por la puerta, escudriñando la oscuridad y arañando las losas.

Clodio corrió en busca de seguridad, chocando con soldados que ya habían abandonado sus puestos. Las preciadas páginas del fraile estaban esparcidas por el suelo, y él las recogió en su

De rodillas y con las manos en el suelo. Luego corrió hacia la puerta sur, con la boca abierta de terror, tan abierta que lanzó un grito espantoso que resonó por todo el patio, cuando una estatua voladora se abalanzó sobre él y lo arrebató del suelo. Su grotesco aspecto no tenía parangón con ninguna atrocidad que hubiera caído del techo de la catedral, pues tenía cuerpo de serpiente, cabeza de cabra y patas como las de muchas arañas. La abominación llevó a Clodio por encima del muro de la abadía y lo elevó hacia el cielo, lo suficientemente alto como para que toda la campiña oyera el terror que aún le ahogaba. Arrastró al buen fraile a lo profundo de bosques vírgenes, a los lugares más oscuros, marcados solo por un rastro de lágrimas. y páginas quebradizas que caían como lluvia desde los cielos negros.

Aún dentro de la Abadía, el Capitán Bourne y once soldados a caballo salieron a toda velocidad. Puerta norte, galopando sobre un claro y cargando por el camino de la abadía hacia el pueblo de Murat. «¡Manténganse juntos!» , gritó Bourne, «¡Espadas en alto y cabezas bajas! ¡Manténganse bajo los árboles!» . Pero con cada claro en el bosque, un grito anunciaba la pérdida de otro hombre arrebatado de su corcel. Con cada golpe, otro corcel yacía aplastado bajo las garras desgarradoras de la piedra. En efecto, la víspera pertenecía a un ángel siniestro, que reía y caminaba de un lado a otro en las profundidades de la tierra.

Así, con tan solo unas pocas palabras recitadas de una colección casi olvidada de las traducciones de Naramsin, el cardenal Jean-François Blasi destruyó por sí solo una de las dos abadías más fortificadas de la Santa Sede —la Abadía de los Guardianes— y aniquiló a la compañía más capaz de la Guardia Real de Su Majestad : las tropas de élite del capitán Bourne . En el fugaz instante que tardan las efímeras en aparearse y morir, en un solo acto blasfemo, la misión de venganza de un hombre costó la vida a cuatrocientos soldados, sacerdotes y escuderos, al tiempo que abrió la segunda de las tres Piedras de Puerta y debilitó aún más el Gran Sello que servía como la piedra angular del Gran Abismo.

Muy por debajo de la abadía en ruinas, mucho más allá de las catacumbas en llamas, desde las mismísimas profundidades del infierno, resonaba la risa seráfica de Lucifael, pues la maldita ocasión merecía toda su atención.

~*~

Durante media noche, Lázaro viajó precisamente hacia el oeste bajo una gran luna y un mar de estrellas. Escaló las colinas rocosas e indómitas de la provincia de Auvernia y siguió adelante a través de su vasto y sombrío paisaje, todo desconocido para sus sentidos. En el camino, cuando los ataques de miedo daban paso a momentos de calma que le permitían detenerse para la reflexión interior, considerada la causa principal de tales sentimientos perturbadores.

Sencillamente, Lázaro solo conocía los límites de las catacumbas de la Abadía: el mundo subterráneo que había dejado atrás. Sus muros de túneles permanecían firmes, sus caminos sólidos e inmutables. La inmutable previsibilidad de las catacumbas lograba calmar cualquier inquietud momentánea que pudiera atormentarlo, y ahora, reunir ese lugar y a quienes vivían allí cumplía un propósito similar. Solo que ahora sabía que tal vez nunca volvería a verlos; su corazón se oprimía como el granito en su pecho.

Lázaro llevaba mucho tiempo familiarizado con los mecanismos de sus sueños y con sus paisajes visuales siempre cambiantes. Por ejemplo, si sus sueños alguna vez se convertían en una pesadilla sin límites, siempre era capaz de despertarse, aunque solo fuera para evocar una presentación más agradable y predecible de ellos. Y Lázaro a menudo había soñado con un mundo más allá. Las catacumbas, mientras reconstruía cada detalle que había aprendido sobre aquel lugar extraordinario. Sin embargo, jamás imaginó que se presentaría como una pesadilla tan impredecible e ineludible como lo era ahora. No había senderos que la guiaran ni losas serpenteantes; el paisaje irregular e impredecible parecía extenderse en todas direcciones sin fin. Quizás la raíz de su inquietud residía en la perturbadora idea de que simplemente no podía despertar del todo y reaccionar al sonido familiar de la voz de su padre, que le pedía que volviera a encender las antorchas de las catacumbas.

Un Lázaro frío y cansado escaló la última de muchas crestas traicioneras. Se paró en la cima de su cresta, su túnica sucia ondeando como un estandarte en un viento del este vigoroso. A través de oscuras mirillas, escudriñó un valle profundo, un lecho de río seco y rocoso. Al otro lado del barranco pedregoso, la escarpada pared de un acantilado se alzaba contra la ladera de una pequeña montaña, y en la base del risco, Lázaro descubrió el asombroso parecido entre un rostro impresionado y una boca que aullaba: la Boca de la Montaña. Con una determinación tan férrea como la de Iván, enderezó los hombros y descendió la cresta como un hombre orgulloso condenado a la horca. Caminó por el sombrío valle de piedras hacia el acantilado hasta que su boca abierta lo engulló.

[Fin del capítulo 8]



Esta obra literaria fue creada d exclusivamente en dedicación de

Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~